

LA DISCRIMINACIÓN RACIAL EN EL CAMPO CUBANO

Dominga González Suárez

DINÁMICA DEL CAMBIO EN LA TENENCIA DE LA TIERRA

En un país cuya actividad económica fundamental es la agricultura, resulta necesario estudiar, en la medida de lo posible, como se ha manifestado el prejuicio en las zonas rurales. Una de las más sutiles formas de discriminación racista que se practicó en Cuba contra la población negra del país es el relativo a la casi absoluta imposibilidad de acceder a la propiedad de la tierra por parte de los miembros de esta raza.

En los primeros años de la República existía una norma social informal que consistía en no vender las tierras a los negros o mulatos. Como veremos, esta se cumplía estrictamente.

A través del estudio de la dinámica de la estructura de la tenencia de la tierra veremos como los grupos raciales muestran importantes desigualdades (asimetría), lo que determinará las posiciones que ocuparán cada uno de ellos en el entramado de la estructura social.

Cuadro 1. Distribución Territorial de las Razas (1899)

Territorio	Total	De ellos	
		De color	Blanca
Urbano	480 191	160 922	318 967
Rural	1 092 654	359 178	733 478
Cuba	1 572 845	520 400	1 052 445

Fuente: Tabla elaborada por la autora con datos de U.S.A. War Department, *Report on the Census of Cuba, 1899*.

Si analizamos la estructura racial del país por zonas rurales y urbanas, encontramos que en 1899 el 33,1 por ciento del total correspondían a la población de

color (negros, mulatos y chinos). La población rural era de 359 178 negros y 733 478 blancos que representaban respectivamente, un 32,9 y un 67,1 por ciento del total. Es muy pequeña la diferencia, en cuanto a estructura racial, de ambos territorios.

Cuadro 2. Distribución de las Razas en Zonas Rurales por Provincias (1899)

Provincias	Raza	
	De color	Blanca
Matanzas	64 831	79 299
Pinar del Río	44 492	119 692
Puerto Príncipe	10 533	52 599
Santa Clara	82 297	193 894
Santiago de Cuba	117 001	153 160
Habana	40 024	134 834
Cuba	359 178	733 478

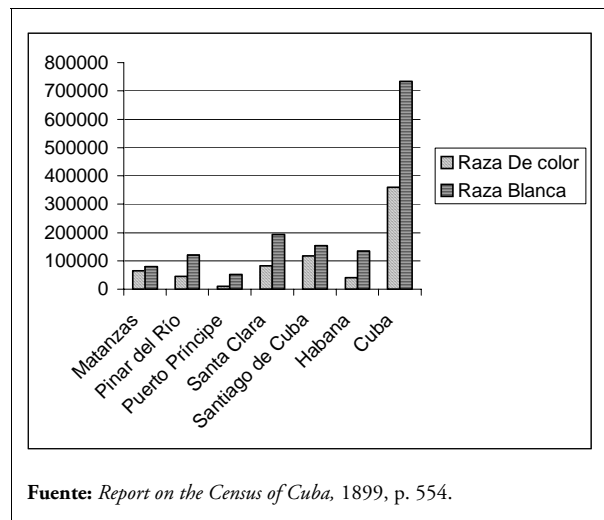
Fuente: U.S.A. War Department, *Report on the Census of Cuba, 1899*, p. 554.

En cuanto a su distribución por provincias, observamos que la de Santiago de Cuba era la que más población de color tenía con un total de 117 001 personas, le seguía Santa Clara con 82 297 y en tercer lugar se encontraba Matanzas con 64.831 (Gráfica No. 1).

Los asentamientos de las futuras migraciones de raza negra incrementarán, como es lógico, esta proporción. Esta será una de las causas por las que aumentará el prejuicio y la discriminación en Cuba. Una de las manifestaciones fundamentales de estas conductas racistas va a tener su base en los cambios ocurridos, a través de más de 30 años, en la propiedad de la tierra.

En 1899 existían un total de 14.339 fincas cuyos propietarios eran personas de color. Estas fincas abar-

Gráfica 1. Distribución Territorial de las Razas



caban un total de 2.935,17 caballerías.¹ El tamaño promedio de las fincas era de 0,2 caballerías, correspondiéndole a cada habitante de color de las zonas rurales 0,008 caballerías.

Mientras, había un total de 43.635 fincas de propietarios blancos, con un área total de 23.007,47 caballerías. El tamaño medio de las fincas era de 0,53 caballerías, lo que representaba más del doble que el de los de color. A cada habitante blanco de las zonas rurales le correspondía 0,031 caballerías, que es cuatro veces más que lo correspondiente a los de color.

Dentro de los campesinos pobres, los negros, evidentemente, eran los más pobres. El minifundio no permitía el mantenimiento de los numerosos miembros de la familia. Muchos de ellos, al no encontrar trabajos, tenían que migrar a las ciudades en busca de una forma de ganarse la vida.

A esto hay que añadir que la población negra de las provincias de Camagüey y Oriente aumentó aceleradamente en el primer cuarto de este siglo como consecuencia de las inmigraciones haitianas y jamaicanas. Los negros cubanos que permanecieron en el campo se vieron obligados a compartir el mismo segmento del mercado de trabajo que estos inmigrantes,

quienes, por lo general, eran peor remunerados que los negros nativos.

En el Cuadro 3 podemos observar las formas de usufructo de la tierra según la extensión de las fincas y el color de la piel.

Vemos que el por ciento general de fincas de menos de 1/4 de caballería se elevaba al 63,4% del total. Es interesante observar que en la misma medida que aumenta la extensión de las fincas, disminuye el por ciento de negros y mulatos usufructuarios, hasta llegar a las fincas de tamaño entre 3 y 5 caballerías, segmento en el cual no existían propietarios de color, y solamente el 0,2% de los arrendatarios de color usufructuaban fincas de este tamaño. Nótese también que ningún negro era dueño o usufructuaba fincas mayores de 5 caballerías.

Si analizamos con más detalle la situación de la posesión y usufructo de la tierra por parte de blancos y de color, vemos que en el año 1899 el total de propietarios blancos de fincas menores de 1/2 caballería ascendía a 34.768, y poseían un área total de 5.512,5 caballerías, por lo que sus fincas tenían un tamaño promedio de 0,159 caballerías. Contrasta con estos números los referidos a la población de color: los propietarios de color de fincas menores de 1/2 caballería eran 13.120 personas, y poseían un total de 1.803,25 caballerías, por lo que sus fincas tenían un tamaño promedio de 0,05 caballerías, es decir, la tercera parte de las de los blancos.

Tales cifras son una muestra de la extrema inferioridad de los campesinos negros con relación a los campesinos blancos al inicio de la República. Durante estos años esta desigualdad en el reparto de recursos, en un país con una estratificación social racista, fue percibida por el grupo negro como algo natural y aceptado socialmente, por lo que atribuía la responsabilidad de esta desventaja a las características inherentes de su propio grupo.

Las relaciones intergrupales discriminatorias que tuvieron lugar en situaciones de desigualdad y de dominación-dependencia facilitaron, en gran medida, la

1. Una caballería es igual a 13,2 hectáreas.

Cuadro 3. Proporción del Tamaño de las Fincas Según Forma de Posesión y Razas (1899)

	Tamaño de finca (caballerías)							
	<0,25	0,25-0,5	0,5-0,75	0,75-1	1-3	3-5	5-10	>10
Propietarios blancos	56,0	20,3	9,2	2,4	7,9	1,6	1,2	1,4
Arrendatarios blancos	60,0	21,1	9,1	2,4	5,6	0,9	0,6	0,3
Propietarios negros	75,6	14,3	6,0	1,0	2,6	0	0	0
Arrendatarios negros	77,0	15,0	5,2	0,8	1,8	0,2	0	0
Ocupación mixta	70,8	16,0	6,0	1,5	3,8	0,8	0,5	0,5
Total	63,4	19,2	8,1	2,1	5,1	0,9	0,7	0,5

Fuente: *Informe sobre el Censo de Cuba, 1899*, p. 557.

Cuadro 4. Comparación de la Distribución de la Tierra por Raza y Tipo de Usufructo en por Ciento (Años 1899 y 1931)

Provincias	Propietarios				Arrendatarios			
	1899		1931		1899		1931	
	Blancos	Negros	Blancos	Negros	Blancos	Negros	Blancos	Negros
Pinar del Río	91,63	8,36	92,3	7,69	89,57	10,42	89,04	10,95
La Habana	97,63	2,26	97,69	2,31	92,38	7,61	95,61	4,38
Matanzas	93,4	6,59	96,22	3,77	80,11	19,88	93,49	6,5
Santa Clara	92,25	7,74	94,48	5,51	78,68	21,31	93,62	6,37
Camagüey	95,59	4,41	96,37	3,52	87,11	13,89	94,14	5,85
Oriente	61,52	38,47	77,46	22,35	54,5	45,49	71,47	28,52
Cuba	81,8	18,19	87,83	12,16	72,55	27,44	88,82	11,17

Fuente: Cuadro elaborado por la autora basado en los datos de los siguientes censos:- *Informe sobre el Censo de Cuba, 1899*, p. 556. *Censo de Población (1931)*, Tabla 37.

tendencia hacia el empeoramiento de la situación socioeconómica de los negros y mulatos en el campo cubano, como se desprende de las cifras del Cuadro 3, donde se muestra el régimen de tenencia de la tierra de blancos y negros.

Esta situación fue empeorando año tras año. Durante las tres primeras décadas del siglo XX, como se ve en la Gráfica 2, se produce un empeoramiento en la posición de los negros y mulatos en relación con el usufructo de la tierra.

Es evidente el aumento del número de propietarios blancos mientras que el de los negros disminuye. Este

mismo movimiento se produce con los arrendamientos. Los propietarios negros de tierras disminuyeron del 18,19 al 12,16 por ciento, y en esos mismos años los arrendatarios negros descendieron del 27,44 al 11,17 por ciento. En ambas formas de usufructo se refleja un notable deterioro de la situación de los negros y mulatos en la estructura de la propiedad de la tierra.

Es importante observar que este fenómeno es significativo en las provincias orientales, sobre todo en la provincia de Oriente, a pesar de ser la que más población negra tenía en el país.

Cuadro 5. Ritmos de Crecimientos de la Población de Color

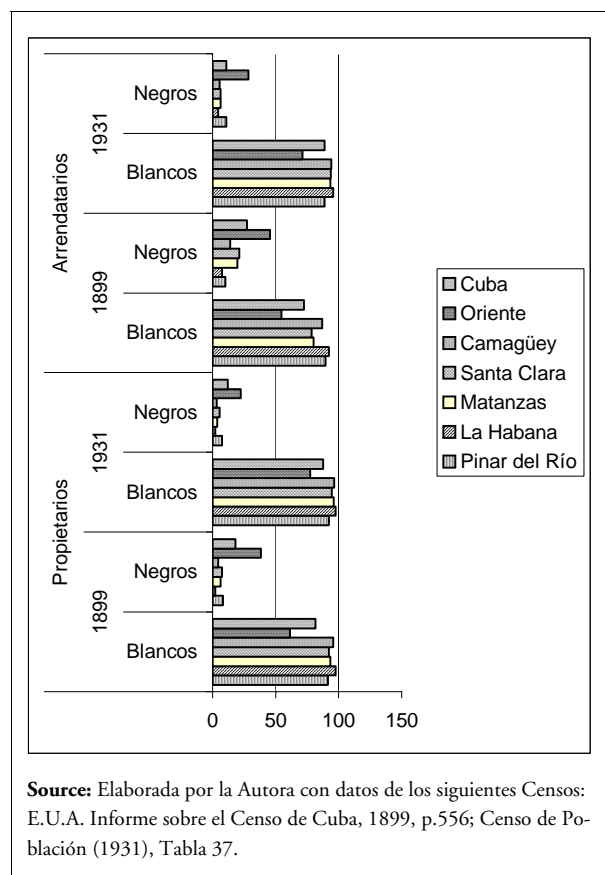
	%		%		%		%	
	Población de color total del país	Población de color total del país	Población de color urbana	Población de color urbana	Población de color rural	Población de color rural	Población urbana de color	Población rural de color
1907	620.602	29,6%	195.158	31,5%	425.410	68,5%	31,9%	29,6%
1943	1.225.271	25,6%	507.775	41,4%	717.684	58,6%	28,8%	23,8%
Ritmo medio anual de crecimiento	1,9%		2,7%		1,5%			

Fuente: Cuadro elaborado por la autora con datos del *Censo de la República de Cuba de 1943*, pp. 733-755.

Cuadro 6. Extensión Media de la Familia de Color

	Jefes de familia de color	Total de personas de color	Tamaño promedio de la familia de color
Urbana	104072	511460	4,91
Rural	125245	713811	5,69
Cuba	229317	1225271	5,34

Fuente: República de Cuba, Censo de 1943, p. 997-1003.

Gráfica 2. Estructura Racial de la Propiedad de la Tierra

Source: Elaborada por la Autora con datos de los siguientes Censos: E.U.A. Informe sobre el Censo de Cuba, 1899, p.556; Censo de Población (1931), Tabla 37.

LAS MIGRACIONES INTERNAS

Uno de los factores que coadyuvaron a la expropiación de la tierra de los negros y mulatos, fundamentalmente en la región oriental, fue la Orden Militar No.62, o Ley de Deslinde de las Haciendas Comunes, que tuvo como finalidad darle a la tierra carácter de mercancía, o sea, posibilitar la compra-venta de la

misma. En los procedimientos de deslinde, se exigían pruebas de tener participación en los pesos de posesión, forma de propiedad indivisible de carácter feudal, que existían en la región oriental de la isla. Al verse imposibilitados de presentar las pruebas exigidas, numerosos campesinos pobres fueron despojados de sus pequeñas parcelas.

Por otra parte, debemos señalar que esa provincia fue protagonista en 1912, de los conflictos racistas más serios de toda la república: el levantamiento armado de los Independientes de Color, donde fueron asesinados más de 3000 negros y mulatos que eran, en su inmensa mayoría, indefensos campesinos pobres cuyas familias quedaron sin tierras.

El empeoramiento de la situación del grupo negro en lo relativo a la propiedad y usufructo de la tierra deviene en factor de incremento del flujo migratorio de negros y mulatos de las zonas rurales a las urbanas. En correspondencia con esta hipótesis vemos en el Cuadro anterior que mientras que la población negra del país creció, en el período de 1907 a 1943, a una tasa promedio anual del 1,9%, la población urbana de color lo hizo en ese mismo período al 2,7%, y la población negra rural creció, en ese mismo período, a una tasa anual promedio de 1,5%.

Como los factores de crecimiento de la población son dos, el migratorio y el vegetativo, a los fines de demostrar que el crecimiento menor de la población de color rural se debe al primero (es decir, a la migración de esta población hacia zonas urbanas) tomamos el tamaño promedio de las familias de color en las zonas urbanas y en las rurales. En estas últimas, según el Censo de la República de Cuba del año 1943 (ver Cuadro 6), las familias de color tenían, como promedio, una extensión de 5,69 personas, mientras que las de las zonas urbanas² las formaban, como promedio, 4,91 personas. Este dato nos indica que el crecimiento vegetativo de la población de color en las zonas rurales es mayor que en las zonas urbanas, sin embargo, el ritmo promedio anual del crecimiento en las zonas urbanas es de 2,7%, mientras que en la rural es de sólo 1,5% por lo que resulta prácticamente incuestio-

2. Tomando como criterio de zona urbana a aquellos núcleos de población con más de 5 mil habitantes.

nable que este crecimiento más acelerado de la población de color urbana en relación con la población rural de color es el resultado, en gran medida, del flujo migratorio de este segmento de la población del campo hacia las ciudades.

Al analizar el problema de la mayor concentración de población negra en las zonas urbanas, el propio Censo de 1943 reconoce:

Esta mayor concentración de la población en las ciudades obedece, probablemente, a varias causas. Por una parte, para las personas que no poseen medios de fortuna o propiedades, el campo ofrece menos posibilidades de desenvolvimiento económico que las ciudades donde las oportunidades de trabajo siempre son mayores. Como la población de color, en sentido general, tiene un nivel económico inferior al de la población blanca, por causas históricas que no es el caso analizar aquí, es probable que esa motivación económica juegue algún papel en la mayor concentración urbana de esa raza (República de Cuba 1945, p.743).

Es harto conocido que una de las principales consecuencias de las migraciones del campo a las ciudades es el surgimiento de los llamados cinturones de miseria en los cuales se concentran dichos flujos y que pasan a engrosar las huestes de marginados sociales. Las migraciones de personas de color del campo cubano a las ciudades no fue una excepción de dicha regla.

LAS MIGRACIONES ANTILLANAS

Otro factor a considerar en el agravamiento del prejuicio y la discriminación hacia la población negra en el campo cubano fue el surgimiento de asentamientos de inmigrantes haitianos, con un idioma y costumbres diferentes, y que eran percibidos como una amenaza por la población autóctona.

Muchas veces la conducta de este grupo de inmigrantes provocaba un profundo malestar entre los guajiros que derivó, a la postre, en conductas discriminatorias. Esta situación repercutió desfavorablemente en el negro cubano puesto que el grupo blanco mayoritario no suele establecer diferenciación étnica entre negros cubanos, haitianos y jamaicanos, como resultado del proceso de homogeneización que se produce durante la comparación con el exogrupo. El rasgo saliente en el exogrupo es la raza (el color de la piel), y

en el proceso de categorización los miembros del grupo mayoritario, automáticamente, acuden al estereotipo racial, por lo que la percepción de las conductas de los antillanos, en muchas ocasiones, ayudaron a empeorar el estereotipo del negro e incrementar el racismo.

Este grupo de individuos era vilmente explotado, pues algunos empresarios no sólo se aprovechaban de su desconocimiento del idioma, de su desarraigo, y también, de su indefensión, para pagarles menos que a los nativos, sino también se aprovechaban de estas desventajas para manipularlos en provecho propio.

En el trabajo de campo de la investigación realizada por la autora en 1986 para la confección del *Atlas Etnográfico de la República de Cuba*, en la provincia de Holguín, en el pueblo de Mayarí, el campesino Rafael Calzadilla, protagonista de la rebelión campesina de esa zona durante la década de 1930, nos relató que cuando la Compañía Hato del Medio S.A. intentó hacer el deslinde de la Hacienda Caballería de Barajagua utilizó a los haitianos.

La compañía empezó a pasarle desalojos a muchos campesinos. Logró desalojar a algunos como a Enriqueta López y Antolín Torres a quienes les tiraron todas sus cosas para la guardarraya, les tumbaron las casas y a las latas de manteca le metieron cuchillos. Más tarde pasaron a la finca de José (Pepe) Hernández pero allí encontraron un grupo de campesinos que se habían reunido armados con machetes y escopetas para evitar el desalojo. Ellos pelearon contra los guardajurados, los guardias rurales, y contra un grupo de haitianos que la compañía había llevado para que les tumbaran los platanales. La pelea comenzó cuando los campesinos defendían sus plantaciones de los haitianos que venían con la guardia rural. En la riña murieron varios haitianos y varias personas resultaron heridas. En esos años la compañía no pudo realizar más desalojos (González, 1987, p. 54).

En Mayarí, el recuerdo de los haitianos quedó asociado a un tipo de conducta repudiada por los valores morales vigentes en la sociedad.

La transmisión oral de padres a hijos, de este hecho, lamentablemente, reforzaría la imagen negativa del grupo negro. Durante esta investigación pudimos observar que existía entre los guajiros un alto grado de

prejuicio racial. Un poco en broma, un poco en serio, muchos me comentaban que cuando veían pasar a un negro por sus tierras, tenían rápidamente que contar a sus gallinas.

En esta misma investigación, cuando me encontraba estudiando el mismo fenómeno, la discriminación del negro en el campo cubano, ahora en la provincia de Camagüey, visité en una zona azucarera dos poblados donde predominaban los haitianos: Macuto I y Macuto II. Para sorpresa mía, me sentí trasladada a principios del siglo XX. Allí nada, o muy poco, había cambiado. Después de dos generaciones, el idioma que hablaban entre ellos era el “patuá” o “creole” (dialecto hablado en Haití derivado del francés). Como manifestación de la conservación de su identidad nacional los haitianos mantenían las prácticas religiosas del Vudú, y cuando los visitaba en sus casas (bohíos) para entrevistarlos, muchos de los ancianos se escondían pensando que era de la policía y había ido allí para repatriarlos.

Vivían aislados, en sus bohíos prácticamente no había muebles, no les llegaba la prensa, el transporte era muy deficitario, y la pobreza era significativamente mayor que en el resto de las poblaciones del campo cubano. El único progreso social que observé fue que los hijos de los llamados “pichones de haitianos” (segunda generación de los inmigrantes asentados en el país) estudiaban (en los momentos en que era obligatoria la enseñanza, primero hasta el sexto y luego hasta el noveno grado) al igual que todos los niños campesinos cubanos.

Los factores psicológicos de defensa del yo y de autoconservación de las agresiones, o pretendidas agresiones del exogrupo, provocaban, a su vez, en los haitianos el etnocentrismo que a la vez los llevaba a su auto-marginación, con el consecuente incremento del racismo. Así, una de las cuestiones psicológicas que obstaculizaba la integración de estas personas, se observa en la reacción de los ancianos donde salieron a relucir los sentimientos de indefensión, de inseguridad, y de desconfianza y recelo hacia miembros del exogrupo.

Con mucha probabilidad, estos sentimientos, desfavorables para el desarrollo de niveles de autoestima

satisfactorios, han sido transmitidos a aquellas personas que han permanecido en esos asentamientos, constituyendo uno de los factores más importante para el estancamiento sociocultural de este grupo, y que a la postre, le ha hecho más difícil el proceso de integración.

Esto no es un fenómeno aislado en las provincias orientales donde existen asentamientos de haitianos. Aquí se puede observar el resultado de una de las prácticas de discriminación más fuerte que puede aplicar el grupo mayoritario blanco: la de ignorar.

La integración de los inmigrantes es un proceso intergrupal de interacción social donde los factores psicológicos individuales juegan un papel de primer orden. Por lo tanto, si una de las partes no ofrece la debida atención a la otra, pudiera ocurrir que el factor reciprocidad dejara de funcionar y esto pudiera redundar en el aislamiento del grupo más desfavorecido.

En las zonas azucareras la discriminación hacia el negro era patente. El testimonio de un antiguo vecino del central Hershey (hoy “Camilo Cienfuegos”) en la provincia de La Habana, describe la estratificación racial en el campo cubano: “En el ingenio existían cinco zonas, en una vivían los norteamericanos, a ella era imposible entrar sin el correspondiente pase; en una segunda, habitaban los empleados blancos de confianza; en la tercera, los cubanos blancos de capas humildes, chinos y algunos mestizos; en la cuarta los negros cubanos; y en la quinta los haitianos, situados como la última escala social, a los que se les regulaba la entrada en los almacenes de víveres y en sitios de recreo” (Serviat, 1986, p. 84).

Este tipo de estratificación social establecido sobre bases racistas existía en numerosos centrales azucareros propiedad de norteamericanos. Obviamente, las relaciones intergrupales se desarrollaban en situaciones de desigualdad y de dominación-dependencia lo que posibilitaba a los grupos más poderosos mantener y justificar la discriminación racial. Esto pudo ser visto por los miembros de la sociedad de aquella época como una práctica normal porque como dicen Doland y cols.(1991), “El racista es el individuo normal en una sociedad racista.”

En plena crisis económica y política, durante la Primera Conferencia Nacional de Obreros de la Industria Azucarera, celebrada clandestinamente en Santa Clara en los días 26 y 27 de diciembre de 1932, se aprobó un manifiesto que revelaba las condiciones en que se encontraban los trabajadores azucareros, incluidos los negros, haitianos y jamaicanos:

De zafra en zafra nuestras condiciones de vida y de trabajo se empeoran más y más. En la pasada zafra fueron rebajados los jornales a un nivel de 20, 15 y hasta 10 centavos, para los macheteros y carreteros, por el corte y tiro de cien arrobas de caña, bajo el “componente” (obligarlos a tomar purgante: aceite de resino, si se negaban a trabajar) y “plan de machete” (la guardia rural o el capataz golpeaba con el canto del machete a quienes se rebelaran) nos hicieron trabajar 12, 14 y 16 horas diarias, pagándonos en vales y fichas (que sólo tenían valor en las tiendas del central azucarero); los precios de las tiendas de los centrales fueron altísimos y en muchos casos dejaron de pagarnos los jornales, como en el central “Almeida,” cuyo propietario, el banquero y dirigente de la oposición burguesa latifundista Pedroso, explota terriblemente a los obreros; vivimos en barracones inmundos, sin luz, sin aire, llenos de piojos, chinches y pulgas, amontonados como esclavos, con el cuerpo muerto por el trabajo (Instituto de historia del movimiento, 1977, p.307).

Y más adelante se pronunciaron:

Contra toda discriminación, en el salario y en el trato, a los negros, jamaicanos y haitianos. Salario igual por trabajo igual y derecho a ocupar cualquier empleo, para los negros, jamaicanos y haitianos (Instituto de historia del movimiento, 1977, p.307).

En el campo, los trabajadores negros cubanos, los haitianos y los jamaicanos constituían los núcleos más ferozmente explotados de los trabajadores azucareros, por lo que sus condiciones de vida eran lamentables, y una gran mayoría de los obreros blancos estaba consciente de esta situación.

El Sindicato Nacional de Obreros de la Industria Azucarera (SNOIA), al denunciar la brutal discriminación ejercida por los empresarios hacia esos sectores de trabajadores, exponía lo que creía era el propósito que perseguían las compañías azucareras con estos jornaleros: reducir el costo de producción, y

mantener una masa de desempleados que presiona a la baja el precio de la fuerza de trabajo de forma que se deprimieran los salarios y empeoraran las condiciones de vida del trabajador en el campo.

El problema de la discriminación del negro se planteaba desde varios niveles. Entre ellos merece destacar el adoptado por la organización sindical, que se ajustaba a los valores sociales predominantes: igualdad en el acceso a las oportunidades, fraternidad entre los seres humanos, y solidaridad con los más infortunados. En este sentido, el sindicato planteaba, entre sus demandas, lo que consideraba sería la solución del problema de los negros cubanos y de los inmigrantes, exigiendo igualdad de salarios y de trato para negros, jamaicanos y haitianos, también se pronunciaban contra toda discriminación.

El otro nivel no institucional es el de la vida cotidiana, adoptado por los guajiros, muchos de ellos, en esos momentos de aguda crisis, jornaleros agrícolas en tiempo de zafra que compartían el mismo segmento del mercado laboral con negros e inmigrantes, que se ajustaba a la sociedad racista donde vivían.

La complejidad de las relaciones intergrupales e interpersonales se hacía evidente. Se podía ser prejuicioso y a la vez tener buenos amigos negros. Se podía defender los intereses de los negros y mantener la distancia social con el grupo. Se podía ser tolerante y no tener problemas en las relaciones interpersonales. Se podía ser racista y tener problemas con el grupo negro. Infinidad de ejemplos lo encontramos en la vida del pueblo cubano.

Pudimos constatar, cincuenta años más tarde, durante la investigación de campo realizada en 1986, que los diferentes niveles de discriminación concordaban con los diferentes niveles de integración de los grupos minoritarios (negros cubanos, haitianos y jamaicanos) en las zonas rurales.

Utilizando el método etnográfico, donde la observación, y las entrevistas juegan un papel muy importante, se pudo percibir que en la vida material y espiritual existían diferencias sustanciales entre ellos.

El grupo negro cubano estaba completamente integrado a la sociedad, aunque era discriminado, y su

vida material—las casas, sus mobiliarios, vestuarios, comidas—eran similares a la de los blancos. La vida espiritual, las costumbres y tradiciones africanas se mezclaban con las cubanas (españolas) como en la música; lo más saliente era el sincretismo religioso (mezcla de la religión católica con la africana) practicado por el grupo.

En relación con los jamaicanos encontramos que vivían en los mismos lugares que los campesinos cubanos y sus niveles de integración eran mayores que el de los haitianos. En las casas que pudimos visitar, se observaba una diferencia sustancial con relación a la de los haitianos. La vida material del grupo: casas, mobiliarios, hábitos alimentarios (utilizaban condimentos no comunes para en el país), el vestuario (dentro de sus posibilidades todos los domingos se vestían elegantemente, con sombreros, para asistir a la iglesia), y los olores, también eran diferentes. Estaban, lógicamente, muy influenciados por la cultura anglosajona.

En la vida espiritual del grupo también se observaban diferencias sustanciales en relación con los haitianos. La religión que practicaban los jamaicanos era la protestante, y siempre, aún los más pobres, eran asiduos asistentes a sus iglesias, que ellos mismos constvruían con los pocos recursos que disponían. Casi todos sabían leer y escribir en su lengua materna, el inglés, y era difícil encontrar una casa donde no hubiera una Biblia.

Era destacable el alto nivel cultural,³ incluso con relación a la media de los campesinos cubanos, y generalmente, era preocupación de la familia jamaicana proporcionarles estudios a sus hijos, por lo que muchos llegaron a ser profesionales y artesanos. Los hombres se casaban con sus compatriotas o con mujeres cubanas, la mayoría, mulatas.

Otra ventaja de gran importancia que gozaron para el desarrollo positivo de la autoestima, fue que siempre se sintieron protegidos por el Consulado inglés ya que eran considerados súbditos ingleses.

Una muestra de ello ocurrió durante la revuelta política conocida como “la Guerrita de Febrero de 1917” cuando fueron asesinados cobardemente varios jamaicanos. La Legación Británica exigió al gobierno cubano indemnización en metálico por la vida de los súbditos ingleses, y además, que se hiciese un consejo de guerra a los oficiales cubanos acusados de este asesinato (González, 1987).

Esta protección institucional los ayudó a superar, en cierto sentido, la situación de indefensión e inseguridad tan arraigada en los inmigrantes recién llegados, lo que repercutió en la elevación de su autoestima, y esto le permitió no percibirse en situación de marcada inferioridad con relación a la población nativa.

El interés por integrarse a la sociedad y sus ansias de superación, sumado al hecho de haber recibido instrucción, les ayudó a aprender, con cierta facilidad, el idioma español. Por otro lado, el idioma que hablaban al llegar, el inglés, aunque diferente al nativo, también se hablaba en el país como consecuencia de la cercanía geográfica y de las relaciones directas con los Estados Unidos. Este grupo llegó a integrarse a la sociedad cubana.

En esta investigación de campo pudimos observar que el grupo más discriminado, y en donde se practicaba la segregación, era el de los haitianos.

Estos inmigrantes procedían de uno de los países más pobres del mundo, sin instrucción, habituados a vivir en extrema miseria, sus formas de vida eran lamentablemente pobres.

3. En las estadísticas publicadas por la Dirección de Estadística de la Secretaría de Hacienda en los folletos anuales titulados *Inmigración y movimiento de pasajeros* quedó reflejada esta superioridad. Al analizar la ocupación declarada por los inmigrantes de Jamaica y Haití durante los años 1916 y 1918 encontramos que en 1916 de un total de 7 133 jamaicanos entrados, el 0,32% eran profesionales, el 10,7% artesanos, y el 80,8% trabajadores agrícolas. En el caso de los haitianos, de los 4 922 llegados al país el 0,02% eran profesionales, el 0,02% artesanos, y un 97,62% trabajadores agrícolas. En el año 1918 los datos eran los siguientes: de un total de 9 184 jamaicanos, el 0,49% eran profesionales, el 26,76% artesanos, y el 66,37% trabajadores agrícolas. Por último, de 10 640 haitianos entrados ese año, el 0,05% eran profesionales, el 0,24% artesanos, y el 98,20% trabajadores agrícolas.

Según nos han relatado testigos de esa época, vivían en caseríos aislados habitados por 20 o 30 personas. Construían sus casas con yaguas y cogollos de caña; sus muebles se limitaban a unos cuantos palos para armar las hamacas, algunas banquetas pequeñas, una mesa y ocasionalmente taburetes.

A veces tenían una o dos mujeres comunes para veinte o más hombres para que los atendieran y satisficieran sus necesidades. Casi nunca se casaban y cuando lo hacían era con sus compatriotas. Excepcionalmente se unían con cubanas.

En la vida espiritual del grupo, lo saliente era la práctica del Vudú. Esta religión de procedencia africana no se mezcló con la católica. Su ritual, celebrado al aire libre, llamaba mucho la atención de los campesinos cubanos. Y, lógicamente, no era bien vista por los demás grupos minoritarios.

Por sus propias limitaciones culturales y socioeconómica, y por los jornales tan bajos que recibían, no podían tener otra preocupación que la de sobrevivir. El interés por integrarse a la sociedad era, por lo tanto, muy poco, dadas las relaciones discriminatorias con el grupo mayoritario.

En resumen, el deterioro de la tenencia de la tierra entre los campesinos negros y mulatos, la pobreza, generada esta última, en gran medida, por la discriminación (ejercida muchas veces a través de normas sociales informales), y agravada por la inmigración masiva de antillanos, fueron los factores básicos para que, gradualmente, el campo cubano fuese despoblándose de negros y mulatos, que migraban a las ciudades en busca de nuevas oportunidades.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Allport, G.W. (1977). *La naturaleza del prejuicio*. Buenos Aires: Eudeba.
- Censo de Población* (1931). Estadística industrial y agrícola de Cuba, La Habana.
- Doland, B., Polley, K., Alle, R., and Norton, K. (1991). "Addressing racism in psychiatry: is the therapeutic model applicable?" *International Journal of Social Psychiatry*, 37 (2), pp. 71-91.
- González Suárez, D. (1987). "La inmigración antillana en Cuba." *Economía y desarrollo*, 100, pp. 51-61.
- González Suárez, D. (1988). "La inmigración negra y la situación socioeconómica de negros y mulatos en el campo." *Economía y Desarrollo*, 88, 3, pp. 104-115.
- Ibarra, Jorge (1994). *Un análisis psicosocial del cubano: 1898-1925*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista (1977). *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos*. La Habana: Ciencias Sociales.
- República de Cuba (1945). *Informe general del censo del año 1943*. La Habana: P. Fernández y Cia.
- Secretaría de Hacienda (1916 y 1918). *Inmigración y movimiento de pasajeros*. La Habana: Rambla y Bouza.
- Serviat, Pedro (1986). *El problema negro en Cuba y su solución definitiva*. La Habana: Editora Política.
- USA War Department (1900). *Census of Cuba. Report of the Census of Cuba 1899*. Washington: Government Printing Office.